



SUMERGIDA EN MÍ

Eric Elmer

SUMERGIDA EN MÍ



Primera edición: marzo 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Eric Elmer

ISBN: 978-84-18663-42-0

ISBN digital: 978-84-18663-43-7

Depósito legal: M-8067-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

para Ella

Primera Parte

El tiempo no existe

1

Nieva. Es ese tipo de nieve que se desliza sobre el tiempo, como si le diera igual dónde y cuándo va a terminar todo.

Luna se cubre la cabeza con un cuaderno de dibujo y esconde su cuello en una gabardina de color caramelo. La primera luz de la mañana juega con el vaho que desprenden sus labios. Tose dos veces, después mira el reloj. Sus piernas no dejan de temblar hasta que aparece un coche amarillo entre la niebla.

—Hola —dice al entrar.

Silencio. El parabrisas marca un ritmo demasiado rápido.

—Tienes buen aspecto.

—Gracias.

La niebla ahoga el lago de Zurich. Suena Stevie Wonder de fondo.

—Y... —la madre de Luna clava uno de sus ojos en el cuaderno de dibujo, mientras sigue conduciendo—. ¿Cómo estás?

—Bien, muy bien. Tenía muchas ganas de verte, ¿sabes? Sé que a veces crees que no es así, pero te he echado de menos.

—Y yo a ti.

Dos pequeños hoyuelos decoran las mejillas de Luna.

—He estado pintando. No sé, me relajaba. Creo que algunos de los dibujos me han salido bastante bien. Podría regalarte uno, si quieres.

Stevie Wonder deja de cantar y una mujer empieza a hablar sobre rebajas. La madre de Luna apaga la radio. Tan solo el sonido de la calefacción disfraza el silencio de algo menos tedioso.

—¿Y no crees que deberías haberte quedado? —inquire.

—¿Por qué lo dices?

—Es solo una pregunta, Luna.

Ella se encoge de hombros.

—Me veo bien. No sé, tú también has dicho que me ves bien.

—No es eso, es solo que...

—¿Qué?

Se miran.

—No entiendo por qué te han dejado salir antes. Quiero decir, eran setenta y dos días por algo, ¿no crees?

—Estoy bien, de verdad.

De nuevo silencio. Esta vez un poco más largo, un poco más asfixiante.

—Lo siento, pero tengo la sensación de que he escuchado esas palabras demasiadas veces.

—Mamá, la verdad es que ahora no me apetece hablar de esto. Simplemente pensé que me vendría bien un poco de cambio. Estaba volviéndome loca ahí dentro. ¿Qué quieres, que acabe esquizofrénica?

—Ay, Luna —suspira.

Luna aplasta los labios y abre su cuaderno por la mitad. Después empieza a ojear las láminas con calma, como si buscara una distracción suficientemente fuerte como para poder transportarse a otro lugar.

Natalie entra por la puerta de la cocina, se le caen las llaves y empieza a reír.

—Joder, qué susto me has dado.

—Perdona.

Luna se pone en pie, Natalie pasa por encima de sus llaves. Se abrazan.

—¿Cómo estás?

—Creo que bien —contesta sentándose de nuevo. Después agarra su taza de café con ambas manos.

—¿Tienes frío? Podemos encender la chimenea.

—No te preocupes. En el hospital siempre hacía calor. Necesito sentir el frío, aunque sea solo un poco.

—Claro, te entiendo.

Natalie saca el móvil de su chaqueta y Luna se pone a jugar con la cuchara. Una columna de vapor escala por el aire de la cocina hasta acabar humedeciendo los ojos de Luna.

—¿Qué tal con Tom? —pregunta.

—Bien.

Sonríen otra vez. Natalie desliza el dedo pulgar por encima de la pantalla.

—¡Tienes que ver esto! —exclama. Deja el móvil sobre la mesa y lo empuja hasta colocarlo junto a la taza de Luna—. Es del último viaje. Puedes cotillear un poco.

—Qué guay. ¿Dónde estáis?

—En un pueblo de Perú. ¡Era todo tan barato! No nos lo podíamos creer. Pero no tiene nada que ver con cómo nos lo suelen pintar. La gente era super simpática y tranquila y siempre intentaban ayudarnos. Muy *chill*, la verdad.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis?

—Pues... Hace poco más de una semana. De hecho, yo creo que sigo con *jetlag*.

Se ríen. Luna se pone en pie.

—¿Quieres un poco? —ofrece levantando la cafetera.

—No, gracias.

—De nada.

Se apoya sobre la encimera y mira por la ventana. Piensa en que es la primera vez en seis semanas que siente frío, pero que todo sigue exactamente igual que antes. Eso hace que le dé un sorbo a la taza y se queme la lengua.

—¿Quieres que demos una vuelta? —sugiere Natalie.

Caminan en silencio. Cuando llegan al lago, apartan la nieve de uno de los bancos y se sientan. Natalie enciende un cigarro.

—Como odio la niebla —dice después de unas caladas.

Luna no dice nada. De vez en cuando aparecen puntos rojos parpadeando en mitad del horizonte. Sabe que son los mástiles de los pocos barcos que salen a navegar con este tiempo, pero decide olvidar ese dato. Prefiere imaginar que son algo más interesante.

—Toma.

Natalie le extiende el pitillo. Luna deja que se consuma durante unos segundos antes de darle una calada.

—¿Te dejaban fumar?

—No —dice negando.

—Qué cabrones.

Luna le devuelve el cigarro. Repiten la maniobra tres veces más. Ninguna de las dos quiere ser la primera en sacar el tema. Por momentos parece que va a funcionar, que ambas podrán seguir fumando en silencio y fingir que no hay nada tras la capa de niebla que las envuelve. Pero el cigarro termina apagándose y las luces rojas siguen parpadeando.

—Oye —susurra Luna.

—Dime.

Se miran.

—¿Sabes algo de Ethan?

2

Me despierto entre las cuatro y las cinco de la mañana. Hace semanas que no tengo ni idea de la hora que es. Es mejor así.

Antes de ir al baño, estiro mis brazos hasta que ambos dedos índices consiguen aferrarse a mis pies. Es una buena forma de aliviar el dolor de espalda que tengo desde que duermo en el suelo.

Me limpio las manos y la cara, meo, vuelvo a limpiarme las manos y me pongo la túnica blanca que me diferencia de la gente que vive aquí. Después salgo de mi habitación. Las estrellas forman dibujos que poco a poco dan paso a un cielo color esmeralda. Es mi momento preferido del día. El más simple. El más sincero. Ni oscuridad, ni luz. Nada que demuestre que el tiempo es real.

Desde hace unos días, paso esos minutos de transición tumbado en un puente de madera que une los dos lados del río. Cuando el sol empieza a jugar al escondite con el horizonte, me siento y cierro los ojos.

Es mi hora de meditar.

Respiro.

Mi cuerpo es como un globo muy ligero.

Casi soy capaz de simplemente respirar.

No hay recuerdos intentando atraparme, tampoco la necesidad de pensar en el futuro. Simplemente respiro.

El calor se encarga de envolverme con una suave dosis de realidad que me mantiene anclado *aquí mismo*. No quiero estar en ningún otro lugar que no sea *aquí mismo*. Las palabras se derriten

con tanto calor, los pensamientos se desintegran con tanta presencia.

Me gusta ese espacio que hay entre dos pensamientos. Solo eso.

3

—Puedes pasar.

Luna se levanta de la silla que hay en la sala de espera y camina hacia la puerta que sujeta una mujer minúscula con gafas gigantes.

—¿Cómo estás?

—Bien —responde sentándose en una butaca del mismo verde oliva que el resto de la habitación.

—¿Bien?

—Sí. No sé. Me preguntan tantas veces cómo estoy que ya no sé qué responder.

—A mí solo me interesa la verdad, Luna. Es importante que me digas siempre cómo te sientes, da igual si crees que no me va a gustar la respuesta.

—Ya.

La escena se entrevé por encima de sus cabezas, como si fuéramos una mosca descansado sobre la lámpara que ilumina el espacio que las separa. Luna empieza a recorrer la habitación con la mirada. Un escritorio, un bonsai, un reloj de madera, dos estanterías con libros... Se detiene cuando escucha el sonido del bolígrafo arañando el cuaderno que sujeta la mujer sobre su muslo.

—¿Cómo va en el trabajo?

—Es un poco extraño.

—Bueno, hace mucho que no trabajas. Integrarse en el mundo laboral siempre cuesta, pero con el tiempo todo vuelve a la normalidad.

—No, no es eso —dice Luna—. Me siento rara porque todos saben por qué estoy allí.

—¿A qué te referes?

—A todo. A que soy el bicho raro que ha salido del manicomio y que solo está allí porque alguien creyó que sería buena idea para mi *recuperación*.

La anciana vuelve a tomar nota. Esta vez lo hace sin apartar los ojos de los de Luna. Luna decide desviarlos hacia sus pies.

—Luna, no tienes que pensar así. No estabas en un manicomio, estabas en un programa de rehabilitación. Hay una gran diferencia.

—No la hay para ellos.

—Bueno, la semana que viene a la misma hora, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Adiós, Luna.

—Adiós.

La anciana desaparece tras la puerta. Luna no se mueve hasta que escucha el *click* de la cerradura.

Se abrocha la gabardina, se coloca los cascos y empieza a caminar hacia casa. Tarda cuarenta y dos minutos. En tren tardaría siete, pero son las cinco de la tarde y no tiene nada que hacer aparte de escuchar música, ver alguna película o darse un baño.

De vez en cuando se detiene y baila. Lo hace disimuladamente, sin llamar demasiado la atención. Cierra los ojos, se muerde los labios y hace tambalear sus caderas. Cuando empieza a cruzar el bosque decide poner la *playlist* de Alt-J. Sus pasos son los golpes de la batería, sus brazos son serpientes que siguen las notas de la guitarra.

Coge aire y se sumerge en el agua durante medio minuto. Después estira su cuerpo, seca su mano izquierda con la toalla que ha dejado en el suelo y agarra el móvil. Tiene veintiún mensajes no leídos. Ninguno de Ethan, varios de Sash. Decide pedirle perdón y aceptar su invitación a tomar algo.

Pero mejor si quedamos una mañana, para un café, añade.

Tras volver a dejar el móvil empieza a estudiar los dedos de sus pies. Parecen orugas con sobrepeso. Después de un minuto decide

levantarse y mirarse en el espejo. Su cuerpo gotea. Los contornos de su figura se distorsionan por la humedad del ambiente. Termina colocándose de perfil. No le gusta lo que ve, pero vuelve a tumbarse y deja sus manos sobre sus pechos. Desliza la mano derecha por encima de su barriga y se detiene un momento en el ombligo. Acaba declarando que tampoco le gusta su ombligo.

Vuelve a desaparecer bajo el agua. Cuarenta segundos después coge la toalla y se sienta sobre el borde de la bañera. Vigila el móvil con una expresión mezclada, como un gato que no acaba de fiarse del humano que le *pspspsps* al otro lado de la calle.

Mensaje 1

Hola.

Solo quería saber cómo estabas.

Natalie me ha dicho que te habías ido a Tailandia. Espero que todo vaya bien. Tengo muchas ganas de saber cómo te va por ahí.

Natalie también me dijo que al principio se pensaban que habíamos huido juntos. Tom incluso se enfadó un poco.

Ayer pensé en eso. En cómo sería todo si hubiésemos escapado los dos. Pero no te preocupes, poco a poco voy aceptando la realidad.

Lo más interesante que hago en todo el día es barrer. Entre la hora de desayunar y la de comer, barro.

Los primeros días llegué a la conclusión de que me habían dejado venir al templo solo para poder usarme como chacho. Entonces empecé a contemplar la opción de llamar a un taxi e irme lejos de aquí. Sin mirar atrás.

Obviamente no lo hice. Mi teléfono no funciona, y la opción de caminar los veinte kilómetros que hay hasta el próximo poblado me echó un poco para atrás.

No sé muy bien cómo explicarlo, pero barrer se ha convertido en algo casi gracioso. Supongo que es tan fácil como entender que da igual lo que haga. Aquí dentro nada importa. No hay que presentar ningún trabajo o asistir a una entrevista. Aquí dentro no existe el tiempo. ¿Qué más da estar barriendo toda la mañana?

No cenamos. Eso también es muy gracioso. La última comida del día es a las doce. Después, agua. Es genial. A veces tengo tanta hambre que ni siquiera tengo la oportunidad de preguntarme qué coño estoy haciendo con mi vida.

En fin. Lo que quería decir es que lo del tiempo lo cambia todo. Si el tiempo deja de existir, todas las estupideces colapsan en El vacío.

—Cada vez que te des cuenta de que estás viviendo en tu cabeza —me dijo una monja el primer día que llegué—, siente las manos.

Y ya está, esa fue toda la introducción que me hicieron al llegar al templo. Desde que estoy aquí tengo clara una cosa: nunca he

sentido. No me refiero a sentirme contento, agobiado, alegre, dolido, excitado o cualquier cosa de esas; me refiero a la base de todo eso, a la sensación que hay en el fondo. El problema es que esa sensación suele estar tan cubierta por preocupaciones y tonterías, que he vivido casi veinte años sin tener ni la menor idea de que algo así existía.

Diario:

Todo depende de lo sucias que estén las gafas con las que miramos la realidad. Lo curioso es que nosotros, por alguna razón, preferimos hacer todo lo posible por cambiar la realidad en vez de coger un paño y quitar la mierda del cristal.

—Pensaba que habíais muerto o que os habíais pirado sin más. O ambas —dice Sash riendo. Se termina su expreso y empieza a liarse un cigarro con hachís—. Encima he tenido que madrugar por ti.

—Lo siento. —Luna estira de sus labios—. Es que prefiero evitar los bares, al menos por un tiempo.

Sash pasa la lengua por el papel y deja el pitillo entre sus labios. Tras dar una calada, lanza el humo hacia el cielo. Luna la mira fijamente. Cuando sus ojos se cruzan, aplasta los labios y vuelve a jugar con su cucharilla. Sash sonrío.

—¿Y Ethan? —pregunta sin más.

—No sé. Se fue a Tailandia, pero no sé nada más.

—Te ha dejado sola, vamos.

—Bueno... —murmura Luna.

De repente siente unas ganas tremendas de salir de ahí. O de darle una calada al porro. Cualquier cosa que disipe la ansiedad adherida a sus pensamientos.

—Tú tranquila, siempre que te aburras, llámame. Últimamente tengo mucho tiempo libre. Quizá demasiado. Aunque ese era el plan: tener tiempo para poder grabar mis propios temas.

—Suenan genial.

—Ya veremos si todo sale como lo tengo en la cabeza. Eso siempre es lo más difícil: plasmar un concepto o una idea en algo material para que los demás puedan mirarlo como si fuera un objeto. —Niega con la cabeza. Después da otra calada y continúa—. A veces me dan ganas de mandarlo todo a la mierda.

—Conozco esa sensación —susurra Luna.

—¿Qué?

—Que a mí también me pasa, a veces.

Sash asiente.

—En fin. ¿Quieres?

Luna mira el porro, luego la mira a ella. Sus ojos siguen siendo igual de penetrantes que la primera vez que la vio en el restaurante, con Ethan.

Ethan.

—Da igual —dice—, gracias.

—Llegas tarde.

Luna mira el reloj. 08:06

—Lo sé, lo siento. Es que...

—Nada de excusas, Luna. Aquí no tenemos sitio para gente que no quiere trabajar. La próxima vez que vayas a llegar tarde, no hace falta que te molestes en venir.

—Pero si solo han sido seis minutos.

—¿Otra vez? Nada de *peros*, ¿lo entiendes?

—Sí, Alex, lo siento.

—Muy bien.

6

Me suda la nariz. Bueno, me suda todo el cuerpo. Estoy sentado junto a una estatua de Buda gigante. Se supone que estoy meditando, pero el hambre que tengo genera un agujero negro en mi interior que consigue tragar cualquier motivación que tenga.

Respiro.

Hamburguesa con queso y bacón.

Respiro.

Patatas fritas. Nachos. Guacamole.

Abro los ojos. Hay un monje de unos diecisiete años en frente de mí. Está sentado en el suelo, como yo, con una extraña sonrisa impresa en el rostro que le confiere un aire de santo. Parece la personificación de la estatua que tengo detrás.

—Hola —digo.

Él sonrío todavía más. Si me dijeran que estoy empezando a tener alucinaciones por el hambre, me lo creería.

—¿Quieres algo? —pregunto.

—Tú quieres algo.

—¿Eh?

—Tu cara —dice sin dejar de sonreír.

—¿Qué le pasa a mi cara?

—Tienes cara de hambre.

—Ahh.

Reímos.

Es la primera vez que hablo con un monje. Nunca se me ha-

bía ocurrido pensar que un monje pudiera ser gracioso. Ahora me siento un poco tonto.

El monje se lleva un dedo a los labios y saca un pequeño paquete de pipas peladas.

—Vaya, vaya —digo.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunta juntando las palabras como si fuera una sola. *Cualestunombre.*

—Ethan.

—¿Etan?

—No, Ethan.

Él arruga su frente.

—Ethan. Como si llevara un Z, ¿sabes?

—¡Ahhh! —exclama—. Ezan.

—Sí, exacto.

Volvemos a reír.

—¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

—Jai.

Jai y yo pasamos dos horas sentados en el suelo comiendo pipas. Solo comemos una por minuto. Jai no habla demasiado, pero yo tampoco. No quiero espantarlo. De vez en cuando nos hacemos alguna pregunta como:

—¿De dónde eres?

—De España.

Él no sabe dónde está España. Tampoco es que importe, pero aún así quiere saber cómo es.

—Pues no sé —contesto—. Tiene su lado bueno y su lado malo. Por una parte tenemos playas y montañas y tapas y siestas; pero también tenemos turistas borrachos, fachas y gente que va a ver como torturan a un toro.

—¿Qué son fachas?

—Buff —digo. No estoy muy seguro hasta qué punto entiende mis palabras—. Gente muy cabezota, ¿sabes? Muy cuadrada.

—Ahh —dice.

Parece satisfecho con mi explicación, así que seguimos comiendo pipas. Una él, una yo. El sol se difumina en tonalidades cálidas y una brisa empieza a pasearse por el templo. Si Jai y yo gritásemos con todas nuestras fuerzas, nadie nos escucharía.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

Él asiente mientras se mete otra pipa en la boca.

—¿Cómo llevas lo de no masturbarte? Es decir, sé que suena raro, pero ¿cómo lo haces? Yo llevo aquí solo un mes y estoy que...

Se ríe. Yo también me río. Después cojo una pipa y la mastico con lentitud.

—No creo que masturbarse sea malo, el problema está en usar el sexo como un... ¿parche?

—Ahá.

—La gente que viene de visita a nuestro templo suele ser adicta a sus emociones. El problema es que son como una montaña rusa. Todo lo que sube, baja. Igual que las drogas. Simplemente no tienes que dejar que se convierta en algo necesario. Ni siquiera tus pensamientos. Los pensamientos son nuestra peor droga.

Asiento en silencio. Después decido que en cuanto llegue a mi habitación me haré mi primera paja en un templo budista.

—Pasa.

—Gracias.

Ambas se sientan en su sitio. La sala está exactamente igual que la última vez; puede que ligeramente más oscura debido a la poca luz que entra por la ventana.

—¿Qué tal ha ido esta semana?

—Bien, supongo.

—¿Has bebido?

—No.

La mujer se la queda mirando varios segundos, esperando encontrar algún gesto que revele la verdad.

—¿Y qué tal en el trabajo?

—Bien.

Silencio. Luna se concentra en la aguja del reloj.

—Luna, sé que puede ser difícil, pero tienes que intentar confiar en mí. Si no me cuentas cómo estás no puedo ayudarte. Lo entiendes, ¿verdad?

—No quiero parecer borde —dice sin dejar de mirar el reloj—, pero no creo que necesite ayuda. No la suya, quiero decir.

—¿Por qué no me das una oportunidad? Y ya veremos si te soy de ayuda o no.

Se encoge de hombros.

—No es la primera vez que voy a terapia. No se lo tome como algo personal, de verdad, pero hace tiempo que dejé de tener esperanza en ir una vez por semana a contarle mis

problemas a un desconocido y que todo se solucione. Eso es todo.